

4055
EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

FUEGO
Y ESTOPA,

ZARZUELA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLO DEL CATALAN

POR

DON DANIEL BANQUELLS.

MÚSICA DEL MAESTRO

DON TOMÁS REIG.

MADRID.

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

—
1882.

AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que correspo
Agua vá.....	1	D. Rafael Blasco.....	Todo
Filosofía alemana.....	1	José Jackson Veyan.	»
La alondra y el gorrion.....	1	E. S. Rocaberti.....	»
La puerta del Saladero.....	1	Juan Utrilla.....	»
Un drama en la venta.....	1	Juan Utrilla.....	»
El arte de pedir.....	2	Sres. Ossorio y Guillen..	»
Los padres nuestros.....	2	Lustonó y Bedmar...	»
La lengua.....	3	D. Enrique Gaspar.....	»
Los dos curiosos impertinentes.....	3	José Echegaray.....	»

OBRAS DIVERSAS.

EL DIABLO MUNDO, poema por D. José Espronceda: magnífica edicion e tipo: litografía de varios colores y una cubierta al cromo con el retrato del autor.—Un tomo en 8.º de 208 páginas.—Precio, 4 reales.

FUEGO Y ESTOPA.



31

FUEGO Y ESTOPA,

ZARZUELA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLO DEL CATALAN

POR

DON DANIEL BANQUELLS.

MÚSICA DEL MAESTRO

DON TOMÁS REIG.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro de ROMEA de Murcia el
15 de Febrero de 1882.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18

1882.

PERSONAJES.

ACTORES.

JULIA.....	SRA. TODA.
ROSA.....	SRTA. FERNANDEZ.
ENRIQUE.....	SR. ARCOS.
DON DIEGO.....	SOLANO.
JUAN.....	LOPEZ.
UNA NIÑA DE PECHO.	

La accion en Madrid.—Época actual.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MI QUERIDO Y DIGNÍSIMO COMPAÑERO

DON ROSENDO DALMAU.

Gratitud obliga: Debo á usted mucho y por cierto que avaro no sería en pagar si mucho diera de sí mi pobre númen; pero ya que ótra cosa no pueda ser, ¿á quién mejor que al que ha contribuido con su sincera amistad á labrar mi reputacion artística, he de dedicar este mal trazado arreglo?

Acéptelo usted, no por lo que vale, que bien poco es, y dará con ello una prueba más de bondad á las que tiene dadas á su afectísimo amigo y compañero

DANIEL BANQUELLS.

ACTO ÚNICO.

Salon ricamente amueblado. Dos puertas al foro y dos laterales, en primer término. Dos veladores á derecha é izquierda del escenario colocados frente á las puertas laterales del primer término, con recado de escribir y candelabros, y timbre el de la izquierda. Un sofá con dos sillones al foro y entre sus dos puertas. Docena de sillas colocadas seis á la derecha del escenario y seis á la izquierda. Piano con jarrones y papeles de música á la izquierda. Un secreter á la derecha y dos mecedoras de regillas colocadas una á la derecha del velador izquierdo, y otra á la izquierda del de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ROSA y JUAN, al levantarse el telon aparecen con grandes plumeros en la mano limpiando los muebles.

MUSICA.

JUAN. ¡Ay! que manitas tan finas!
ROSA. ¡No seas pesado, Juan!
JUAN. Ay qué talle, cielo santo.
ROSA. Vaya, hombre, déjame estar.
JUAN. ¿Por qué así mi amor desdeñas?
ROSA. Porque eres un truchiman,

- que tan sólo el engañarme
es de tu amor el final.
- JUAN. Mi corazon por tí siente
una atroz enfermedad,
que sólo tú, Rosa, ingrata,
aliviarás su penar.
- ROSA. ¡Eres turco, no te creol
- JUAN. De mi dolor ten piedad.
- ROSA. ¡No te creol ¡No te creol
- JUAN. Pues escucha y me creerás.
Cuánto te quiero, paloma mia,
dichoso el dia en que te ví;
tu faz de cielo vaga en mi mente,
pues dulcemente te sueña á tí.
Sintiendo, Rosa, de aquel momento
tanto tormento, tanto dolor,
que si adorarte no logro un dia,
el alma mia muere de amor.
- ROSA. Sus dulces frases hieren mi oido,
sus tiernas quejas saetas son,
que sin sentir las van penetrando
en lo profundo del corazon.
Más son tan falsos estos traidores,
y amor nos juran con tal pasion,
que al fin, rendidos á sus clamores,
víctimas somos de su ambicion.
- JUAN. ¿Te convenciste, ingrata,
de mi querer?
- ROSA. Sólo una cosa falta.
- JUAN. Dime, ¿cuál es?
- ROSA. Temo que al decir la
cese tu pasion;
casaca es lo que quiero
en prueba de ese amor.
- JUAN. Casaca eternamente
un cura nos pondrá,
que una para siempre

- ROSA. el lazo conyugal.
Si amor eterno
me juras, Juan,
ve por el cura,
ve sin tardar.
No te detengas,
corre, por Dios,
que en santo lazo
una á los dos.
- JUAN. Amor eterno
te jura Juan,
voy por el cura,
voy sin tardar.
Y así que juntitos
estemos los dos,
verás, vida mia,
si te amo yo.
-

HABLADO.

- JUAN. (Con grandes trasportes de alegría.) ¡Ay! Rosa del alma
mia, si hoy no me mata la felicidad, ya pueden venir
penas sobre mí, que ninguna podrá concluir con esta
existencia que consagro sólo á tí.
- ROSA. (Con señales de duda.) ¡Ay! señor Juan, ¡Dios quiera que
esa pasion sea duradera!
- JUAN. Y puedes dudarle, pichona mia, cuando por tí soy ca-
paz de...
- ROSA. (Interrumpiéndole.) ¡Sí! Sí, de conquistar el mundo en-
tero. De hacer las mil y una locuras. Pues, la cancion
de todos.
- JUAN. (Queriéndola abrazar.) Bendita sea esa boquita que tanto
bien me hace.
- ROSA. (Poniéndole el plumero en la cara.) Quietas las manos ó no
hay nada de lo dicho.
- JUAN. (Con exageracion cómica.) Antes clava en mi pecho cuan-

- tos puñales se fabriquen en Albacete.
- ROSA. Pues ten juicio.
- JUAN. Lo tendré, aunque el sacrificio que me impones me cueste mucho. Porque ¿quién se resiste á... (Movimiento de ir á abrazarla.)
- ROSA. (Separándose bruscamente.) ¿Volvemos á las andadas? (Después de una pausa y de haber mirado á todos lados, dice con misterio.) Y hablando de otra cosa. ¿Qué opinas de todo esto?
- JUAN. (Con naturalidad.) ¿De qué?
- ROSA. De todo lo que aquí pasa.
- JUAN. (Con extrañeza.) ¿Y qué es lo que pasa?
- ROSA. (Dándole un empujón.) ¡Cernícalo!
- JUAN. Gracias. Ese piropo es para mí una flor.
- ROSA. Hablo de los señores. De la manera tan extraña que tienen de vivir.
- JUAN. ¡Te explicarás de una vez! Efectivamente, mucho me choca y me... pero ¡mira, que se arreglen. Yo no me meto en averiguar...
- ROSA. Ni yo tampoco trato de... ¡Pero es muy raro todo eso! Si salen, cada uno por su lado.
- JUAN. Si comen, lo hacen cada cual en su habitación.
- ROSA. Si se encuentran, se saludan como dos extraños, y basta. Ni se hablan, ni se...
- JUAN. Y lo más grave del caso es que el señorito... (Poniéndose la mano en el carrillo derecho y roncando.) ¿Me entiendes?... en ese lado. (Señalando puerta primer término derecha.)
- ROSA. Y la señorita... (El mismo juego.) en aquel. (Señalando puerta izquierda.)
- JUAN. Y eso es ahora, porque antes de todo esto, el señorito... (Se pone la mano en el carrillo izquierdo, mirando con mimo á Rosa.)
- ROSA. Cierto, y la señorita... (Igual juego, mirando á Juan y juntando las cabezas. Éste, muy disimuladamente, la va abrazando.) ¿Pero qué estás haciendo? (Separándose rápidamente.)
- JUAN. (Con la mayor naturalidad.) ¡Te lo estoy explicando, mujer.
- ROSA. (Golpeando con el pie en el suelo.) Tú no quieres creerme!

Lo tomas á juego, y...

JUAN. (Con gatzmoñerfa.) ¡Bien, mujer! no te incomodes. Si es que te quiero tanto que...

ROSA. Hasta que nos casemos no me...

JUAN. ¿Es decir que aún no te fías?

ROSA. ¡Quiál!

JUAN. Despues que por tí dejé la honrosa carrera de las armas.

ROSA. Vaya una gran cosa. Un soldado raso.

JUAN. Segundo cabo, hija, segundo cabo.

ROSA. (Irónicamente.) ¡No te subas tan alto, que te caerás! Cabo segundo querrás decir.

JUAN. Bien, mujer, todo es igual. Por eso no reñiremos.

ROSA. Mas volviendo á los señores...

JUAN. Sí, volvamos.

ROSA. (Con curiosidad.) ¿Cuál será la causa de este cambio?

JUAN. ¡Eso mismo digo yo! Hoy precisamente hace quince dias que volviendo los dos de paseo los ví entrar por esa puerta, (Señala toro derecha.) pálidos, furiosos, desencajados, y al verme el señorito me dijo: «Juan, déjanos solos.» Salí al instante, y á los pocos momentos oigo sonar el timbre. Me presento y era el amo que llamaba. Juan, me dijo, desde este instante sólo estás á mi servicio. Puedes, desde luégo, trasladar á ese otro cuarto (Señalando puerta primer término derecha.) las zapatillas, el gorro de dormir, el espejito de mano, en fin, todo cuanto mio existe en el de la señora.

ROSA. Una cosa parecida me dijo á mí ella. Rosa, desde hoy nada harás de cuanto el señor te mande. Haciendo poner una cerradura inglesa en la puerta de su cuarto.

JUAN. De modo que tenemos, que este lado (Señala derecha.) lo ocupa el señorito y aquel otro la señorita. (Señala izquierda.)

ROSA. Y esta sala los dos.

JUAN. Sí, esta es como si dijéramos la frontera. Ya lo sabes, pues, tendremos que limpiar á medias.

ROSA. (Riendo.) Es gracioso el caso.

JUAN. Tú aquel lado y yo éste. Tú cuidarás de esas seis sillas

y del piano, y yo de estas seis y del secreter. Tú quitarás el polvo á esos dos sillones y yo á estos dos, sin olvidar los veladores.

ROSA. Y dime, Juan, ¿y el sofá?

JUAN. ¡Calla! pues es verdad. El sofá... el sofá... el sofá será neutral.

ROSA. ¿Y qué es eso?

JUAN. Que no se limpiará nunca. Lo neutral no se puede tocar. (Suena una campanilla cuarto primero derecha.) Costado del amo... distrito mio. (Grita.) ¡Allá voy! (Entra corriendo cuarto derecha.)

ROSA. ¿Cuál será la causa? Yo la sabré. (Váse puerta foro izquierda.)

ESCENA II.

JULIA saliendo impaciente por la puerta, primer término izquierda.

MÚSICA.

La vida matrimonial
tiene malos los extremos,
si triste es vivir en nieve
es peor vivir en fuego.

Reniego y maldigo
mi estrella fatal,
que es la indiferencia
la nieve nupcial.

Por eso en mi estado
quiero el otro extremo,
que al fin abrasados
los dos arderemos.

Como adoro á mi marido
su desden me encoleriza,
y el ingrato con desdenes
sin piedad me martiriza.

Y al ver que no cede

que más bien avanza,
anhelo el divorcio
por pura venganza.
Sólo me detiene
la voz del deber
y el mundo que dice
sufriendo obras bien.

(Se sienta en la mecedora, velador izquierdo.)

HABLADO.

¿Quiere guerra? Pues habrá guerra; y esta será sin cuartel. Lo que es yo no he de cejar. Pedir yo las paces, 'cá; no 'puede ser. Y para que vea que en nada le necesito, mañana, que son mis días, voy á celebrarlos con una espléndida *suaré*, á la que he invitado á mis más distinguidas relaciones, incluso á dos periodistas de los más reputados, para que en sus periódicos hagan la reseña de la magnificencia que en ella se va á desplegar. (Hace sonar el timbre y aparece Rosa.)

ROSA. ¿La señorita ha llamado?

JULIA. Sí. ¿Los encargos que te hice?

ROSA. Todos hechos.

JULIA. ¿Y las tarjetas?

ROSA. Repartidas todas.

JULIA. No sé si me habré olvidado de álguien. Con estas cosas que me suceden, estoy tan trastornada, que... Pero ahora que pienso... Sí, sí; tengo que convidarlo. Es mi esposo y hay que evitar murmuraciones. (Coge una tarjeta del velador, y despues de escribir en ella se dirige á la puerta, primer término derecha, llamando.)

JUAN. (En el dintel de la puerta.) ¿Señorita?

JULIA. ¿Está tu amo?

JUAN. Sí señora.

JULIA. Le darás esta tarjeta. No te olvides.

JUAN. Descuide usted, señorita. Se la pasaré en seguida.

- ROSA. (Ap. sin poder contener la risa.) ¡Ay! qué gracia.) ¿Quiere algo más la señorita?
- JULIA. Dentro de un rato entrarás á vestirme. (Ap.) (Cómo se pondrá.) (Entra en su cuarto.)

ESCENA III.

ENRIQUE y ROSA.

Enrique de bata sale por la puerta, primer término derecha, llevando una levita en una mano, y en la otra una tarjeta que lee. Rosa arregla los muebles.

- ENR. Pues señor, esto es pasmoso. Esto es ridículo. No creo que hayan ustedes visto en su vida que una mujer invite á su marido á una *suaré* en el modo y forma en que lo acaba de hacer la mia. Nada, como si fuera un simple particular. Y mucho más celebrar el dia de su santo, estando los dos como estamos. (Reparando en Rosa.) ¡Holal ¿estás tú ahí? Toma esta levita y cóseme un boton que se ha despegado.
- ROSA. (Entrecorta la.) Perdóneme usted, señorito, la señorita me tiene mandado que no haga nada sin su permiso.
- ENR. Pues señor, esto es buscar tres piés al gato. ¿Qué se propone, que estalle la rebelion? Estallará, yo se lo prometo. Ni la del veintidos de junio tendrá comparacion con la que se va á armar aquí. (Tira furioso la levita sobre una silla.)
- ROSA. Si usted no manda otra cosa... (Accion de retirarse.)
- ENR. Aguarda un momento. Acércate y dime: ¿Qué servicios puedes prestarme con permiso de la... señora? (Con risa irónica.)
- ROSA. Yo diré á usted, con su permiso... nada.
- ENR. ¿Y sin él?
- ROSA. Menos.
- ENR. (Furiosamente.) Pues á la cocina, atropella platos.
- ROSA. ¡Ay! (Dando un grito, váse por la puerta izquierda forp.)

ESCENA IV.

ENRIQUE solo.

(Pausa conveniente) Esto así no puede seguir. ¡Cá, imposible! Si dura mucho este infierno, tendré que comprar hilo y agujas, y voy á aprender á coser. Y ella en vez de aminorar los efectos para obtener mi perdon, va añadiendo más fuego á la hoguera para hacer mayor la llama de la discordia. (Se sienta en la mecedora del velador derecha.) ¡No sé por qué me casé! ¡Mas arrepentido estoy! Veámos, ¿qué me faltaba á mi? Hacía lo que me daba la gana. Vivía con mi padre y con una hermana que me querían entrañablemente, y ni ellos ni nadie me preguntaban jamás adónde iba ni de dónde venía. ¿Quería salir? Salía. ¿No quería salir? Me quedaba. Pues bien; aquella santa paz, aquel vivir tan tranquilo, convirtióse de repente en una sangrienta guerra civil, y he pasado de libre á esclavo. Ahora si salgo, ¿á dónde vas? que vuelvas pronto. He vuelto, ¡Cuanto has tardado! ¿No salgo? arreglado estoy, explicacion del por qué. Que estoy de mal humor. ¡Dónde tendrás ahora el pensamiento! Al contrario, que estoy alegre, ¿alguna tienes tramada! Que estoy desganado, ¿no habrás visto á fulana? Que al otro dia como bien; ¡se conoce que todo fué á pedir de boca! Que miro á alguna mujer, ¿por qué miras? No la miro, ¡disimulas! Suspiro, ¿por qué suspiras? Y siempre así. ¿Por qué escribes? ¿por qué no escribes? ¿por qué callas? ¿por qué no hablas? ¿por qué lloras? ¿por qué ries? Es decir que á un hombre no le es dado con tales cosas el gozar de un minuto de reposo. (Se levanta.) ¡Casarse! horrenda palabra. Yo no sé quién me engañó. Pues el hombre que pudiendo estar soltero se casa, merecía... nacer casado. Sí señor, lo merecía. Y el mundo dice que es una conveniencia, porque el soltero así no está bien. Pues niego esa consecuencia. Porque yo ya no puedo deshacer lo que desgraciadamente

hice, mientras que el soltero es probado, que cuando se canse puede dejar de serlo. Nada, nada, yo tengo comparado el matrimonio á un circo ecuestre pequeño, donde el *clown* es el marido, siempre hace el papel de Pere-Antoni. (Se sienta en la mecedora del velador izquierda.) En ningun contrato he visto una desigualdad tan grande. Yo pago lo que ella rompe, ó lo que es igual, yo compro los billetes y ella saca el premio grande. Esto es un engaño á medias; es un contrato leonino. Quiere que juguemos al dominó y se me queda con todas las fichas. Con tantas y tantas cosas estoy tan desesperado, que reniego del dia en que me casé, del cura, del sacristan y hasta de los dos testigos. ¡Oh! y si un dia me hago el fuerte, nada consigo. Ó se escuda en la belleza, ó en su debilidad. Ahora precisamente nos encontramos en este caso. Quince dias hace que estamos en la anarquía más completa. ¿Y saben ustedes por qué? Porque limpiando un chaleco ya pasado de moda, encontré en uno de sus bolsillos una sortija de pelo, regalo de una modistilla que murió la pobrecita, y con la cual tuve relaciones amorosas, honestísimas, por supuesto. ¿Qué mal puede hacerle ya? Pues no señor, no me la quiere dar. ¿Hay quién aguante esto? (Se levanta y pasea.) Vaya, que el tal Sacramento es una cruz bien pesada. Es una decoracion de teatro muy bonita desde fuera, pero se acerca uno y brochazo que te crió. Y no es que ella fuera ántes así, no señor. Era tan dócil, tan cariñosa, que con sólo una miradita hacía de mí cuanto quería. Pero el cambio ha sido tan brusco, que leer ahora una carta suya de soltera, es cosa de parecerle á uno estar soñando. Calle, me parece que en el secreter debo guardar algunas. (Abre el secreter y saca un paquete de cartas.) Sí. ¿Cuál leeré? ¡Qué demonio, cualquiera, baraja y saca una. (Se sienta al velador izquierda) (Leyendo.) «Enrique mio.» (Hablando.) Así me engañó la embustera. (Lee.) «No puedo estar por más tiempo soltera » (Hablando.) Toma, ya lo creo. (Lee.) «Mis padres están conformes. ¿Qué

esperas si todo te sonríe? ¡Qué corta será la vida junto á tí!» (Hablado.) Para hacerme hocicos de á palmo, ¿verdad? (Lee) «Así no puedo vivir ya más. Estoy triste, estoy enferma, cástate pronto.» (Hablado.) Aquí falta y me las pagarás todas juntas. (Lee.) «Yo te adoro con verdadera pasion. Seré para tí una madre, una esclava.» (Hablado.) Sí, sí, y ahora no quiere coserme un boton. (Levantándose.) Vaya, basta, porque voy á estallar. Son letras de un insolvente, que conforme han ido venciendo he tenido que protestarlas. Nada, nada, que siga la cosa. Lo que es yo, me voy hacer la cuenta que he enviudado. ¿Matarme? qué tonto fuera. Va, va, se concluyó. No quiero saber más de ella.

ESCENA V.

EL MISMO y ROSA que sale del cuarto de Julia.

ENR. ¡Ah! ¿eres tú? Qué está haciendo la señora?

ROSA. Concluyendo de vestirse. Va á salir á compras.

ENR. ¿Sí? Muy bien. ¿Y va sola?

ROSA. No sé decir á usted.

ENR. ¿Y no te habla nunca de mí?

ROSA. No señor.

ENR. (Ap.) (¡Cuánto amor!) (Alto.) No te lo pregunto por nada, ¿sabes? No tengo en ello ningun interés.

ROSA. (Ap.) (Ya se vé.)

ENR. No le digas nada de esto, ¿oyes? Se puede creer que cedo y no estoy en este caso. Si te lo he preguntado, es porque yo tambien voy á salir. (Levantando la voz.)

ROSA. ¿Solo?

ENR. ¿Y á tí qué te importa? (Levantando cada vez más la voz.) No quiero pasar más tormentos. No quiero sufrir más. Y ya que estoy de tan buen humor me voy con los amigos á la fonda, á gozar, á destapar botellas de Champagne. Ya se lo puedes decir.

ROSA. ¿Quiere usted que se lo diga?

ENR. Eso sí, que le sabrá bien.

ROSA. ¿Quiere usted algo más?

ENR. Tú, ten cuidado. Lo otro no me interesa. ¿Sabes?

ROSA. (Ap.) (¿Pobrecito! Cuánto sabe la señora. Si yo supiera hacerlo esto con Juan.) (Váso puerta izquierda, foro.)

ESCENA VI.

ENRIQUE solo.

MUSICA.

Antes de casarte
piénsalo muy bien,
que el refran lo dice
como ustedes ven.
Tarde lo he pensado,
tarde por mi fé,
tamaño descuido
bien caro pagué.

Navegando por el mar
proceloso del amor,
el faro de paz eterna
mi pupila divisó.
Ciego por las ilusiones
mi bajel hacía él viró,
y al llegar entre sus rocas
perdí la quilla y timon.
Y aunque vogo entre dos aguas
á tierra pienso llegar,
sino me corta el camino
un rudo golpe de mar.
Que en el golfo del amor
las olas son la mujer,
y aunque nado como el cóngrio
es muy fácil perecer.

Ánimo, pues,
no hay que cejar,
que tierra firme
he de pisar;
y aunque se oponga
fuerza mayor
al abordaje
entraré yo. (Váse á su cuarto.)

ESCENA VII.

JULIA, saliendo de su cuarto.

Si, sí, ya puedes huir. Se piensa que no le he oído y lo estaba observando. Quiere hacerse el hombre, demostrar mucha alegría, cuando la procesion le va por dentro. ¿Rendirme yo? ¡Cá! eso nunca, pues me sobra la razon. Dentro de un bolsillo de un chaleco, y entre el ferro, le he encontrado una sortija de pelo. Nada, algun belen que debe tener el señorito. (Se sienta mecedora ve-lador izquierda.) Y quiere que se la devuelva. Por eso está como una furia. Que la espere sentado, que allá voy, y si no que venga la más pintada á ver si se la daría. Este no es el programa que él me juró cumplir. Entónces todo era inventar las frases más amorosas para hacerme caer en la red que el infame me tendía. Seré tuyo, me decía; gacela, luz de mis ojos, imágen peregrina que soñó mi mente. ¿Cómo quieren ustedes que le ponga buena cara si ahora huye de mí? Es claro, pasada la ilusion, ¿de qué hacemos ahora migas? Si el goce de amor es tan breve, si no es más que esto el casarse más le valiera á una quedarse para vestir imágenes. Pero... ¡já!... ¡já!... ¡já!... estoy tomándolo muy á lo vivo, cuando francamente, no hay para tanto. No llegará la sangre al rio. Ya vendrá, estoy segura. Qué tonta soy. Tomé ya mi resolucion. Si no quiere rebajarse que no me hablen más de él. No quiero saber ya nada.

:

ESCENA VIII.

JULIA y JUAN, que sale del cuarto de Enrique.

- JULIA. ¡Ah! ¿eres tú? ¿Qué está haciendo el señorito?
- JUAN. Se concluye de vestir. Va á salir.
- JULIA. ¿Y sabes dónde?
- JUAN. Á Fornos á cenar con unos amigos. (Julia golpea con el pie.)
- JULIA. ¿Y no te habla nunca de mí?
- JUAN. Nunca, señora.
- JULIA. (Ap.) ¡Qué amor!) (Alto.) No te lo pregunto por nada, ¿sabes? No tengo en ello ningun interés.
- JUAN. (Ap.) (Ya lo veo.)
- JULIA. Juan, me tienes que hacer un favor.
- JUAN. Si puedo...
- JULIA. Que no le digas nada de lo que te he preguntado. Podría creerse que tengo intenciones de ceder y no estoy en este caso. Ahora bien, cuando te se presente ocasion le dices que me noticiaste lo de la cena, (Llorando.) y quo he quedado sumamente satisfecha y contenta. ¿Se lo dirás?
- JUAN. De parte de usted.
- JULIA. Lo de la cena, lo otro no.
- JUAN. Está bien. (Ap. recogiendo la levita.) ¡Cuánto sabe el señorito! Si yo supiera hacerlo esto con Rosa. (Entrando en el cuarto de Enrique.)

ESCENA IX.

JULIA, y poco despues ENRIQUE, que sale elegantemente vestido calzándose los guantes.

- JULIA. Hasta me ha hecho llorar el muy tunante. ¡Si él lo hubiera visto!... Mas si he llorado no ha sido por amor. ¡Cá! no señor, por amor... propio, he llorado. Qué impresion me habrá causado que me voy. ¡Él; me quedo, no crea que es que le temo! (Se sienta mecedora izquierda.)

coge un libro y lee. Sale Enrique y al verla se sorprende y queda parado, y mientras se calza los guantes silba.) ¡Bien! hoy ni siquiera me saluda. Qué ordinario? Si me lo hubiese hecho de soltera! (Golpeando con el pie en el suelo.)

ENR. No despedirse cuando uno se va es una falta de educación. ¿Y si lo hago y no me contesta? ¡Val sí que me contestará. Esto no creo que sea rebajarme. Sin embargo, pensémoslo ántes...

JULIA. (Mirándole de reojo y aparte.) (Jesús, qué difíciles son de poner esos guantes.)

ENR. Voy á probarlo. (Adelantándose un poco.)

JULIA. (Ap.) (No sabe qué hacer.) (Conteniendo la risa.)

ENR. (Indeciso y en voz muy baja.) ¡Chis! ¡Chis! Adios, me voy.

JULIA. (Ap.) (Ya rompió el fuego. ¡Brabo!)

ENR. (Ap.) (¡Me parece que no me ha contestado!) (Un poco más alto.) Adios... que me voy.

ENR. (Furioso y levantando el baston.) ¡Me haría hacer un disparate! Ella poco se lo piensa. Más vale que me vaya porque si no... (Marchándose.)

JULIA. (Levantándose.) ¿Qué? Enrique... (Ap.) (Está claro, se ha resentido. Si casi había cedido.)

ENR. (Desde el foro.) ¿Qué quieres? (Bajando un poco.)

JULIA. (Vacilando y aparte.) (No me rebajo.) (Alto.) Nada.

ENR. (Incomodado.) Pues hasta luégo. Abur. (Sube al foro.)

JULIA. (De pronto) ¿Sabe usted lo que tengo que decirle? Que para vivir de este modo es mejor el separarnos.

ENR. Por mí cuando quieras. Crees acaso que lo siento. Para estar siempre así, lo mismo te digo yo.

JULIA. Usted sólo es el culpable. Usted.

ENR. Tú.

JULIA. Usted.

ENR. No me trates con finura, que no soy ningun extraño.

JULIA. (Resueltamente.) Pues bien, estamos conformes. Y como yo al fin no te he hecho nunca bajar la cabeza, quiero volver á casa de mis padres del mismo modo que salí.

¿Me has entendido?

ENR. No. ¿Por qué lo dices?

- LIA. Porque yo sola no voy. Tú me acompañarás y allí expondrás los motivos que tienes para maltratarme así.
- ENR. (Ap.) ¡Malo! ¡malo! Esto sí que no me gusta.)
- JULIA. Saliendo de aquí sola, está claro, perdería todo mi derecho.
- ENR. (Con escama.) ¡Ah, Dios mio! ¿quién me la habrá espabilado? (Alto.) Está bien. (Se sienta en la mecedora derecha, dejando en el velador el sombrero y baston.) (Ap.) (No ganaré para sustos.)
- JULIA. (Ap.) ¡Calla! y se sienta.) (Se sienta también.)
- ENR. (Ap.) (Mientras tanto, adios cena. ¿Quién come con estos disgustos?)
- JULIA. (Después de una breve pausa) Has sido un traidor, un criminal, y nunca jamás te creeré.
- ENR. (Con prontitud.) Te vas á palos en seco, ¡y te advierto que todo vale.
- JULIA. ¿Y qué quieres decirme con eso?
- ENR. Que el insultarme también te lo pondré en cuenta.
- JULIA. No quiero que me tomes por tonta.
- ENR. Saqué bien la lotería casándome.
- JULIA. (Después de una pequeña pausa.) ¡Bien! y ahora ¿qué piensas hacer?
- ENR. Eso yo me lo reservo. ¿Y tú?
- JULIA. También.
- ENR. Corriente, quedamos reservados. Ya sabemos dónde están las cuarenta horas.
- JULIA. (Ap.) (Mi resolución le hace vacilar.)
- ENR. No será nada. Cuatro gotas, pues parece que quiere serenarse; pero se conoce que hay quien le calienta la cabeza, y no será este el último chubasco que tendremos.
- JULIA. (Ap.) (Si él no tuviese algún enredo ya hubiese cedido.)
- ENR. (Como atando sabos.) ¿Quién sabe?
- JULIA. (Ap.) ¡Oh! si lo llegase á saber de cierto...)
- ENR. (Ap.) (Si fuese aquel mequetrefe que le hacía cocos cuando soltera. Pobre de él.)
- JULIA. (Ap.) (Sí, debe ser la de la sortija.)
- ENR. (Después de una pausa.) Vamos, ya estamos como ántes.

- JULIA. (Ap.) (Si me hablase otra vez.)
- ENR. (Ap. pausa.) (La conversacion no puede ser más animada. ¿Y para esto me puse yo los guantes? (Se los quita.) ¡Qué petardos dá el amor! ¡Ay! me entra un sueño. (Bosteza.)
- JULIA. (Ap.) (Y bosteza, ¡qué grosería! Puede que dándole celos.) (Se pone á escribir.)
- ENR. (Ap.) (Veamos si celos la doy. (Escucha.) Já, já, já.)
- JULIA. (Ap.) ¿De qué reirá?) (Mirándole.)
- ENR. (Ap.) (Escribiré á mi procurador para que me dé cuentas de...
- JULIA. (Ap.) ¡Hola! hola! veo que él tambien escribe! Ya estoy lista; ahora un sobre. ¿Y él, á quién escribirá? Já, já, já. (Por una idea que se le ocurre.)
- ENR. (Escribiendo.) Sí, sí, ya puedes reir. Como van tan bien las cosas.
- JULIA. ¡Ah! qué idea. Veremos si continúa escribiendo. (Se levanta y se sienta al piano.)

MUSICA.

JULIA cantando.

Como los vientos
corre el amor,
y cual saeta
pasa veloz.
É impetuoso
avasallador
monarca se hace
del corazon.
Así un tirano
me conquistó,
é infiel ingrato
se muestra hoy.
Malditos sean
él y el amor
que son la causa
de mi afliccion.

ENRIQUE hablando.

¿Canto tenemos? Otra vez finge.
¡Ah! no, lo hace por distraerme y quemarme la sangre, y por último lo conseguirá. (Escribiendo.) Tres son veinte y nueve y llevo cinco. (Tirando la pluma.) Así es imposible escribir. Ahora me llama tirano y atroz. Ella no se cansa nunca. Señor, ¿para cuándo son las anginas? Hasta cantando una habanera me ha de armar camorra. Sí, pues llevas mal los papeles. Ahora verás la que se arma... (Se mete en su cuarto y sale con una guitarra. Se sienta.)

DUO.¡

Canta grosero,
canta traidor
y aunque te pese
oye mi voz.

Que aquel que es inicuo
sin compasion
y á la par déspota
y embrollador,
bien se merece
que en mi furor
le diga que es
un pillastron.

Todos son unos,
todos, ¡ay Dios!
válgame el cielo
y qué pillos son.

Una gatita
se enamoró
de un gato hermoso
de buen humor.

Ella creía
con su teson,
rendir al gato
y él la arañó.
Pobre gatita,
cruel dolor,
miau guirriñau
mayando quedó.
Sirva de ejemplo
y no olviden, no,
el miau guirriñau
de esta cancion.

(Concluyen cantando con la mayor desesperacion, rompiendo Julia los jarrones, los cuales tirará con rabia al suelo, como los papeles y todo cuanto esté á su alcance, y Enrique la guitarra, el sombrero y los papeles que estarán en el velador. Quedando ambos frente á frente en una actitud amenazadora. De pronto, é indiferentemente, se sientan en las mecedoras tarareando con la música en la orquesta.)

HABLADO.

JULIA (Despues de una pausa.) ¡Qué efecto le habrá hecho mi cancion? (Enrique, que se habrá rollanado en la mecedora, ronca.) Eh! ¿qué ruido es ese? Qué miro, si se ha dormido. ¿Y ronca? ¡Qué ilusion! Ahora es buena ocasion para ver á quién ha escrito. (Vacilando.) ¡Tengo un miedo! (Acércase y lee.) «Muy señor mio.» No es nada de amor.

ENR. (Ap. y sin moverse.) Trapacera.

JULIA. (Contemplándole.) De soltero no te dormías, bribon. Entónces ni una paloma podía compararse con él. Siempre

tan limpito, tan brillante. Francamente, lo que es en este momento hasta me parece feo. (Enrique se da un cachete en el carrillo como si le picase algun mosquito.) Ay! que despierta. (Corre á sentarse.)

ENR. (Ap.) (Me mató! Ya estaba á punto de estallar. Pero así no cantaré. Media vuelta y á seguir roncando.)

JULIA. Duerme como un tronco. Aprovechemos la ocasion. (Suena el timbre.) Tengo yo mucha chispa.

ENR. (Ap.) Y sobre todo modestia.

ESCENA X.

DICHOS y ROSA.

ROSA. ¿Señora?

JULIA. ¡Chis! Escucha. (Le habla al oido.) Sobre todo...

ROSA. No tenga usted cuidado.

ENR. (Ap.) (Ya me canso de estar así.)

JULIA. Corre. Ve.

ROSA. (Ap.) (¿Qué querrá hacer?)

JULIA. Que no sospeche nada. Hazlo con mucho disimulo.

ENR. (Ap.) (Ay! ay! ay! esto se va complicando.)

JULIA. Dile que hoy no saldré de casa.

ENR. Cierto son los... Caracoles, esto sí que es gordo.

ROSA. Pero ya... (Señalando si han hecho las paces con Enrique.)

JULIA. No, duerme.

ENR. ¿Quién ¿yo? Espera un poco. Con un ojo más abierto estoy. Esta es la que la pierde, no tengo duda. Y la voy á dar un puntapié...

JULIA y ROSA. (Riendo.) Já. . já... já... já...

ENR. Vaya, yo no aguanto más. Ejem. (Despertando. Julia hace seña á Rosa, y ésta sale corriendo por la puerta derecha del foro. Enrique incorporado en la mecedora, aparte y mirando por donde ha salido Rosa.) (¿Por qué se esconderán de mí? Lo que he oido me disgusta. Si me fuese infiel... Pero, no; no lo creo Ella es honrada y .. tarará... ra... ra (Tararea.)

- JULIA. (Ap.) (¿Vuelta á disimular?)
ENR. (Ap.) (Salgamos pronto de dudas.) (Se levanta bruscamente.) Señora, ¿quiere usted hacer el favor de escucharme un momento?
JULIA. Con mucho gusto. Pero te advierto que bajes el tono, porque en el que cantas desafinas de un modo atroz.
ENR. Es con el que me va mejor.
JULIA. Te lo digo, porque ántes me lo hiciste bajar á mí.
ENR. Bueno, bueno. No quiero entrar en discusiones, ni estoy ahora para bromas. Es muy serio lo que tengo que decirte, y necesito que me hables muy seriamente.

ESCENA XI.

DICHOS y ROSA, con una carta en la mano.

- ROSA. Señora.
ENR. (Con enfado.) ¿Qué?
ROSA. (Turbada.) Malo; está ya despierto.
ENR. Ya lo creo que lo estoy. ¿Qué quieres decir con eso? (Bruscamente.)
ROSA. Yo, nada. (Á Julia.) Para usted me han dado esta carta.
JULIA. ¿Para mí?
ENR. Creían que dormía. (Ap.) (Si para vivir bien un marido, debería estar durmiendo todo el día.) (Á Rosa.) Me dirás quién te la ha dado. Pronto, dilo.
ROSA. (Bajando la cabeza.) Yo no lo sé. (Yendo hácia ella y cogiéndola de una mano, pugnando Rosa por desasirse.)
ENR. Embustera, enredadora. Si no lo dices... (La amenaza.)
JULIA. (Ap.) (Así me gusta.)
ENR. Traiga usted aquí ese papel.
ROSA. (Dándosela.) Tome usted. (Ap. y huyendo.) (Ahora que se arreglen. (Vése puerta foro izquierda.)
ENR. (Leyendo con ansiedad el principio y la firma de la carta.) Si ya me lo decía el corazón. «Doña Inés del alma mía, y la firma de don Juan.» ¿De quién es esto?
JULIA. Léelo y verás.
ENR. (Con desesperacion.) Dímelo pronto, ó soy capaz, qué se

yo, hasta de ahogarte. ¡Malvada! (La da un empujon)

JULIA. ¡Ay! (Cae desmayada en la mecedora izquierda.)

ENR. ¡Dios mio! ¡Se ha desmayado! (Corre á socorrerla.)

ESCENA XII.

DICHOS y D. DIEGO.

DIEGO. Buenas noches, hijos míos.

ENR. (Haciendo aire á Julia. Ap.) (Mi padre.) (Alto.) Buenas, (Ap.) (Á qué buen tiempo ha llegado.)

DIEGO. Creí que os habíais muerto. Como nunca venís.

ENR. Es que...

DIEGO. (Reparando en Julia.) ¿Qué es eso? ¿Estamos así otra vez? Válgame Dios. (Yendo á su lado)

ENR. ¡Cál no; no es nada. Si no ha habido ningun motivo para... Es un vahido que le ha dado.

DIEGO. Hazle oler alguna esencia. Vinagre, agua de Colonia...

ENR. (Ap.) (Como él no sabe...) (Gritando.) Rosa, Juan... Juan, Rosa.

ESCENA XIII.

DICHOS, ROSA y JUAN, que sale corriendo.

ENR. Agua y vinagre en seguida. (Los criados salen.)

DIEGO. ¡Qué vida le harás pasar! Qué, ¿habeis reñido?

ENR. ¡Cál no señor. (Llamando á los criados.) Acabareis de venir. ¡Ay Dios mio! ¿Qué podrá ser esto? Si estaba riendo. ¡Está fria! No vuelve en sí.

JUAN. (Saliendo con un vaso de agua.) Tome usted.

ENR. Venga. (Se lo bebe.)

DIEGO. ¿Pero qué es lo que estás haciendo?

ENR. Lo sé yo acaso. (Entra Rosa con vaso de agua y otro de vinagre, D. Diego rocía el rostro de Julia.)

DIEGO. Algun disgusto le habrás dado, seguro estoy. ¡Julia, hija mia! ¿No me contestas, Enrique? Vamos, ya va pasando.

- ENR. No señor. Si estábamos tan contentos y tan...
- JULIA. (Exasperada.) No quiero vivir más contigo.
- DIEGO. ¡Ves hombre! ¡Cuando yo te lo decía!
- JULIA. ¡Ah! ¿es usted, papá?
- DIEGO. Sí, hija mia.
- JULIA. Me alegro, Dios le ha enviado á usted. Es un tigre! ¡Es una hiena! Ya puedes decirle aquello.
- ENR. ¿El qué?
- JULIA. (Bajo á Enrique.) (Que me has pegado.)
- ENR. (Id. á Julia.) (Tú te has caído.)
- DIEGO. Escucha. (Á Rosa que le habla al oído.) (¿No han venido todavía?)
- ROSA. No señor.
- DIEGO. Bien, podeis retirararos. (Rosa y Juan salen por la puerta foro derecha.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos ROSA y JUAN.

- DIEGO. Me habeis hecho dar un paso para que esta cuestion tenga feliz término. (Mira el reló.) Las ocho.
- JULIA. Por mi parte nunca.
- ENR. Si le digo... (Á Julia.)
- JULIA. ¿Qué le dirás? ¿qué?
- DIEGO. (Ap.) (El tren llega á esta hora y vendrá, estoy seguro. (Alto.) Vamos, sosiégate. (Á Julia que llora.)
- ENR. ¡Es gracioso! Yo he recibido el daño y ella llora.
- DIEGO. (Á Enrique.) No tendrás juicio jamás.
- JULIA. Ya lo oyes. Hasta tu padre.
- DIEGO. Vaya, conclúyase esto. Daros las manos.
- JULIA. Yo no.
- DIEGO. ¿Y tú?
- ENR. Tampoco.
- DIEGO. Estais hechos unos niños. (Ap.) (Es extraño, aún no han llegado. (Alto.) Y todo por junto no valdrá la pena de... Venid acá. (Á Enrique.) ¿Qué le has hecho tú?

- JULIA. Ya se lo puedes decir.
ENR. Díselo tú que es igual.
JULIA. No, tú.
DIEGO. Así no concluiremos nunca.
JULIA. Entre el forro de un chaleco le he encontrado esta sortija.
DIEGO. Dame. (Se la da.)
ENR. Yo... otra cosa.
DIEGO. Venga.
ENR. Nada, que es muy coqueta.
JULIA. Sí, que diga lo que es él.
ENR. No me deja vivir en paz.
JULIA. Malgasta á cada momento.
ENR. No me cuida.
JULIA. Se retira tarde.
ENR. Siempre grita.
JULIA. Nunca viene conmigo á ninguna parte.
ENR. Me hace mala cara.
DIEGO. ¡Basta, basta! ¿Y esta es toda la cuestion? ¡Criaturas! Si esos celos hacen bien. ¿Y no encontrais ningun remedio?
ENR. Tan sólo uno, la separacion.
DIEGO. (Sériamente.) Qué, ¿te has vuelto loco? Pues hombre, estaría bien.

ESCENA XV.

DICHOS, JUAN y ROSA, que entran con la niña.

- ROSA. (Con la maybr alegría.) Señora.
JULIA. ¿Qué quieres?
ROSA. Mire usted lo que acaba de llegar. (Enseñándole la niña que lleva en brazos.)
DIEGO. Gracias á Dios.
JULIA. (Haciéndole mil fiestas.) ¡Ángel mio! Qué monísima está.
DIEGO. (Á Enrique.) ¿En qué estás pensando? Qué, ¿no recuerdas que eres padre? Dale un beso al angelito. La union

conyugal es buena, mas los hijos la divinizan.

ENR. Es cierto, tiene razon. (Al ir á besar la niña Julia va á besarla tambien, y Rosa retira el niño y se lo dan los dos)

JULIA. ¡Ah!

DIEGO. ¿Qué ha sido?

JULIA. (Con rubor.) Un beso.

ENR. Sí, un beso.

DIEGO. Me alegro mucho. El azar en este momento os ha dado una leccion. ¿Y aún os haceis mala cara? Vamos, daros las manos.

JULIA. Vamos, Enrique, á creer á papá. Es decir: qué ¿no quieres admitir disculpas? Bien ves que cedo.

ENR. ¡Bien, bien! pero lo que yo quiero saber es de quién es esta carta.

JULIA. ¿Qué, no has conocido la letra? Si es la mia. Son unos versos del difunto Ayala.

ENR. Perdóname, Julia mia. (Besándole la mano.)

JULIA. (Haciendo caricias á la niña.) Hija mia. Es toda la cara de su padre.

ENR. No, no, se parece más á tí.

DIEGO. Esta es la ocupacion del que quiere y se enamora

ENR. Juan, esta es la señora. (Por Julia)

JULIA. Rosa, este es el señor. (Por Enrique.)

DIEGO. ¿Y ahora os acordais? (Riendo.)

ENR. Déense fin á las cuestiones.

JULIA. Por siempre, amen.

DIEGO. No, hijos míos. No prometais lo que no podreis cumplir. Volvereis á tenerlas. Sí; las tendreis. Si es una necesidad que hace agradable la vida matrimonial. Sin el contraste, ¡qué aburrida viviría la humanidad! Dejaros de tonterías. Buscad la tranquilidad, y así vivireis felices.

JULIA. ¡Oh! Sí, es una verdad. (A Enrique.) Ya oiste á papá.

ENR. Y tú tambien lo has oido. (Juan, que durante D. Diego dice la anterior relacion, se habrá entrado en el cuarto de Enrique, sale de él con una almohada, las zapatillas, un espejo, la bata, dirigiéndose pausadamente al cuarto de Julia. Enrique reparan-

do en él.) ¿Eh? ¿Á dónde vas tú con eso?

JUAN. Allí dentro. (Señala cuarto de Julia.)

ENR. (Con curiosidad.) ¿Y quién te lo ha mandado?

JUAN. Yo que lo he presumido, y me he dicho, lo que se ha de hacer luégo, hagámoslo ahora.

ENR. Juan, eres un gran filósofo, y en pago á tus buenos servicios te regalo quinientos duros para que te cases con tu adorada Rosa.

ROSA y JUAN. ¡Vivan los amos! (Tirando Juan al aire cuanto lleva en las iranos.)

DIEGO. No griteis tanto, malditos,
que aún nos falta lo mejor;
y sin ello, es imposible
terminar bien la cuestion.

ENR. (Asustado.) No os comprendemos, ¿qué es ello?

DIEGO. Venid y escuchad mi voz.

Un tribunal os reclama.

TODOS. ¿Qué tribunal?

DIEGO. El señor. (Por el público.)

ENR. (Asombrado.) Es verdad. ¿mas quién le pide?...

Su fallo va á ser atroz.

JULIA. (Con coquetería.) Yo misma, que la indulgencia
siempre fué su mejor don.

(Se dirige al público.)

MUSICA.

Si la obrita te gusta,
público amado,
para artistas y autores
dame un aplauso.
Casi no es nada,
el mostrar tu indulgencia
batiendo palmas.

FIN DE LA ZARZUELA

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
anes de Gracia	1	D. L. P. de Guzman...	L.
tilo es el hombre.....	1	Manuel Nieto.....	M.
vadero de la Florida.....	1	Sres. Ossorio y Guillen..	L.
o y estopa.....	1	Banquells y Reig....	L. y M.
bonitos.....	1	D. M. F. Caballero.....	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta de Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, *D. Eduardo Martínez*, calle del Príncipe, núm. 25, y *Saturnino Calleja*, Paz, 7.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.